

LA ROMA QUE ACOGIÓ A SÉNECA

Bartolomé Segura. Universidad de Sevilla

Resumen: Internacionalismo y xenofobia en la Roma del siglo I. Trayecto intelectual y político de Séneca desde Córdoba hasta la corte de Nerón. Valor y significado de su tarea filosófica, en correspondencia con su carácter introspectivo y talante cosmopolita, y con los ideales humanitarios de la escuela estoica.

Abstract: *That Rome which shelter Seneca.* Internationalism and xenophobia in the 1st century Rome. Seneca's political and intellectual course from Cordoba to Nero's court. Value and meaning of his philosophical task in concordance with his introspective character and cosmopolitan style, and with humanitarian ideal of stoic school.

Partiendo de sus siete colinas, Roma fue conquistando y devorando sistemáticamente todas las tierras de su alrededor, todos los pueblos, el mundo entero. El humilde pueblo latino que se había asentado junto al Tíber, aquel pueblo que resultó de la mezcla de los aborígenes (laurentes o latinos) y los troyanos emigrados de Asia Menor, llegados a aquellos parajes bajo la guía de Eneas, hijo de una diosa, Venus, y de un mortal, Anquises, progresó en círculos concéntricos paulatinamente más amplios: primero absorbió a los pueblos circundantes, los marsos, pelignios, volscos, hérnicos, sabinos, etc., y luego a pueblos y países sucesivamente más alejados. Precisamente a los sabinos robó además sus mujeres, aprovechando la asistencia a un espectáculo lúdico, hecho que motivó el estallido de una guerra entre las comunidades romana y sabina; las sabinas, raptadas por los romanos, fueron convertidas en esposas suyas a la fuerza y cuando los dos bandos contendientes, esposos y suegros, se enfrentaban en la batalla ellas se interpusieron entre unos y otros, y consiguieron que se hiciera la paz. Es más, a raíz de la consolidación de dicha paz los romanos llamaron a su reino a un hombre de origen sabino, Tito Tacio, quien pasó a engrosar la nómina de los reyes de Roma, es decir, la de los siete de que se tiene constancia histórica (pues la interminable hilera de otros reyes que ha perdurado en la memoria no son sino fruto de la etapa legendaria de la Ciudad). De modo que ya entonces demostró Roma su capacidad para incorporar, amalgamar y hacer suyo lo extraño y extranjero, utilizándolo para potenciar sus propios impulsos. Y testimonio de ello lo tenemos en el historiador romano (de origen sabino, por cierto), Gayo Salustio Crispo, quien en su obra *Catilina*, 6 afirma: «La Ciudad de Roma, según tengo yo entendido, la fundaron y poseyeron en lo antiguo los troyanos, que erraban fugitivos sin sede cierta al mando de Eneas, y a una con ellos los

aborígenes, raza de hombres agreste, sin leyes, sin jerarquía, libre y sin trabas. Una vez que estos pueblos se juntaron dentro de las mismas murallas, con ser de desigual origen, de diferente lengua y vivir cada cual con sus costumbres, resulta increíble al contrario lo fácilmente que se fusionaron. En tan poco tiempo la multitud desigual y vagabunda quedó convertida por la concordia en una ciudad. (...) Más tarde, así que habían rechazado el peligro con su coraje, llevaban auxilio a aliados y amigos y se granjeaban amistades haciendo favores más que recibéndolos». A continuación, llegaría el turno a los etruscos, que en épocas precedentes habían constituido un fuerte imperio al extremo de dar reyes a Roma; tras los dos Tarquinius, Etruria caería también en manos de los romanos; y hacia el Sur chocarían con la llamada Magna Grecia, las colonias griegas que, llegadas de la metrópoli al menos desde el siglo VII, fueron estableciéndose en suelo itálico no sólo en el Sur de la península sino en la isla de Sicilia también.

Y una vez sometido el suelo itálico no cesaron ni la conquista ni la expansión. Fuera de la península chocaron pronto con otra potencia desde tiempo atrás consolidada, Cartago, a la cual disputaría la supremacía en tierra y mar a lo largo de casi dos centurias, terminando semejante enfrentamiento sólo con la destrucción total del rival púnico en el 146 a. C. Como consecuencia de este triunfo definitivo Roma incorporó a su creciente imperio una nueva provincia en el Norte de Africa. Y simultáneamente se llevaba a cabo la conquista de Oriente, parte de Asia, y Grecia continental e insular: los generales romanos se traían consigo las pinturas, estatuas y libros de los griegos como botín de guerra y justamente uno de éstos, hecho prisionero en la toma de Tarento (270 a. C.), Livio Andrónico, daría comienzo a la literatura en lengua latina con la traducción de la *Odisea* de Homero (240 a. C.), cuando ya los griegos contaban con una literatura propia desde hacía quinientos años. La influencia y penetración de la cultura griega había sido constante desde antes de la conquista; ya a mediados de siglo quinto los romanos habían enviado embajadores a Grecia para tomar como modelo las leyes de los griegos con vistas a la elaboración del primer cuerpo jurídico romano, las *Leyes de las Doce Tablas*, y del Sur de Italia la corriente cultural, de un modo o de otro, se iba dejando sentir en el naciente pueblo romano. Mas es ahora, cuando Grecia cae en manos de los romanos, cuando el influjo de los primeros en éstos se hizo innegable e imparable. Es así como Horacio, el poeta de la lírica romana, el adaptador, precisamente, de esta poesía, representada en Grecia por Alceo, Safo, Píndaro y otros muchos, en el lacio, puede afirmar en una epístola dedicada justamente a Augusto (*Epist.* II 1, 156): *Graecia capta ferum uictorem cepit* («Grecia conquistada conquistó a su fiero vencedor»). Y no sólo enseñó Grecia a Roma cómo escribir, sino que naturalmente le dio también su pensamiento. Desde el siglo II a. C. por lo menos visitan Roma filósofos de diversas tendencias. (recordemos que las

Escuelas filosóficas a la sazón en boga eran: académicos —herederos de Platón—, peripatéticos —deudores de Aristóteles—, epicúreos y estoicos); de este modo, Carneades, Panecio, Posidonio y tantos otros recalaron en la Roma de los Escipiones y posteriormente, creando el fermento original de las corrientes filosóficas que ya no abandonarían a los romanos cultos, los cuales siempre operarían admirables síntesis entre la enseñanza recibida de los griegos y el ideal tradicional del pueblo romano, transmitido bajo la denominación de *mores maiorum* («costumbres de los antepasados»), ideal dentro del cual destacan las virtudes de la austeridad, la diligencia, disciplina, lealtad, amor a la patria, respeto a las leyes y a la religión, etc.

A tenor con la conquista Roma iba recibiendo en sus mismas entrañas parte de la savia humana de los pueblos que sometía a su rígida férula; como una esponja, la Ciudad del Tíber absorbía también de esta manera a los pueblos sometidos; así, aparte de la cultura griega, su arte y su filosofía, se produjo una cierta invasión sociológica, que no sólo se limitaba a griegos propiamente dichos sino a nativos del oriente en general (sirios, judío, asiáticos), así como africanos, etc. Frente a la invasión cultural humana hubo lógicamente reacciones de protesta, actitudes de rechazo y en esa línea bien conocida es la actitud de Catón el Censor, que abominaba de todo lo griego y reclamaba la defensa a ultranza de lo estrictamente romano, mientras que el llamado Círculo de los Escipiones, aquel selecto conciliábulo en que se daban la mano políticos, literatos, filósofos y otros representantes de la inteligencia, el pensamiento y la cultura, mostraban con admiración su mayor entusiasmo por todo lo griego. Pero, un cierto complejo de inferioridad cultural sí que se advierte casi siempre entre los romanos, con respecto a los griegos, queremos decir. En Plauto, el comediógrafo de los siglos III - II a. C., hallamos ciertas expresiones de desdén hacia los griegos y en el siglo I d. C., el mismo siglo de Séneca, el poeta Juvenal traza un cuadro bastante significativo de la actitud claramente xenófoba de ciertas capas sociales de la Roma de su tiempo. Así, ya en su primera sátira, una sátira-manifiesto, alude expresamente a los extranjeros, al afirmar (versos 26-30): «Cuando, parte de la plebe del Nilo, Crispino, natural / de Canopo, echa por detrás del hombro su capa tiria / y agita un anillo de verano, anillo de oro, en sus dedos sudorosos, / sin poder soportar el peso de una piedra preciosa mayor, / es difícil no escribir sátiras»: A ese personaje llamado Crispino aludirá igualmente en la sátira IV, donde se dice de él que es un monstruo libidinoso, gourmet y avaro, que últimamente ha tenido el detalle de comprarse un rodaballo de tres kilogramos de peso por un altísimo precio. Y en la sátira III es donde el poeta satírico nos deja expuesta con mayor claridad la situación en lo que atañe a la actitud de ciertos romanos en relación a los pueblos extranjeros que invaden la ciudad de Roma, donde todos tratan de medrar y acaban por desplazar a los naturales del país (versos 58 y siguientes): «Qué gente es la que goza de más aceptación entre nuestros ricos, / y a la que princi-

palmente rehuiré, me apresuraré a declararlo, / una Roma griega. Aunque, ¿qué parte de la hez es aquea? / Ha tiempo ya que el Oreste sirio ha confluído en el Tíber / y ha transportado consigo la lengua, las costumbres y las cuerdas / oblicuas y el flautista, así como los tambores / de su tierra, y las muchachas a las que mandan prostituirse alrededor del Circo. / Id vosotros a quienes os agrada una zorra extranjera con su gorrito de colorines. / Aquel patán descendiente tuyo, Quirino, se pone zapatillas griegas, / y cuelga medallas griegas de su cuello embadurnado a la griega. (...) Se dirigen a las esquilias y a la colina llamada por el mimbre, / para ser las entrañas y futuros señores de casa importantes. / Tienen veloz chispa, audacia descompasada, labia / pronta y más torrencial que Iseo. Dime quién crees / que es. Consigo nos trajo al profesional que quieras: / gramático, rétor, dibujante, pintor, masajista, / augur, funámbulo, médico, mago, todo lo sabe / un grieguecillo muerto de hambre; si le mandas que suba al cielo, va.»

Y no sólo eran griegos y orientales o africanos los que aflúan a Roma, como las moscas a un panal de miel, sino igualmente los procedentes de otras provincias, conforme a la medida que las legiones romanas incorporaban nuevos territorios al imperio. Así fue como, en medio del fragor de la lucha con Cartago, Roma chocó con ella en un escenario de la guerra que andando el tiempo sería territorio en disputa y a la postre provincia romana. Me refiero a nuestra Hispania: a finales del siglo III en plena lucha anibálica los romanos pusieron por primera vez pie en suelo hispano (Escipión desembarcó en Ampurias y recorrió el litoral de lo que luego se llamaría la Tarraconense) y cuando Roma aplastó a Cartago comenzó la conquista sistemática de nuestra península. Y así, en la capital de la Bética, la provincia más floreciente de Hispania, Córdoba, había echado raíces desde siglo y medio antes del nacimiento de Séneca la familia de este hispanorromano que tanta gloria daría a las letras latinas. Su padre era Séneca el Rétor, así llamado por haberse dedicado a la retórica, y él, el filósofo, nació en Córdoba un año antes que Jesucristo y se trasladó a Roma a los cinco o seis años de edad. De la misma manera de Hispania eran también Quintiliano, el maestro de retórica, y Marcial, el poeta de los epigramas. Séneca vivió en Roma los últimos años de Augusto, y conoció además a los emperadores Tiberio (14-37), Calígula (37-41), Claudio (41-54) y Nerón (54-68). Una Roma, pues, bajo un poder autocrático, con una salud delicada, asmático y débil, se dedicaba a la lectura de la ciencia y la filosofía, actuaba como abogado y buen orador hasta donde sus fuerzas se lo permitían, e intentaba, estimulado por su padre, Lucio Anneo Séneca, que azuzaba igualmente a sus otros dos hermanos, Galerio y Mela, padre de Lucano, hacer el *cursus honorum*, que comenzaba por la cuestura y terminaba en el consulado. Pero Séneca iba rezagado y a la edad en la que tradicionalmente se era cónsul (alrededor de los cuarenta años) él sólo había alcanzado a ser cuestor. En este momento, cuando pese

a sus dificultades de salud y también, motivados por la procedencia provincial del candidato, éste, nuestro Séneca, se aprestaba a continuar su carrera política, un incidente difícil de precisar, pero en todo caso relacionado con una sobrina de Claudio y con éste, le apartó de Roma durante ocho años: Séneca fue deportado a la isla de Córcega, de donde sólo volvería en el año 49, a instancias precisamente de Agripina, quien, pese a ser sobrina de Claudio, había logrado casarse con su tío con las miras puestas en la sucesión de su hijo, el futuro emperador Nerón. Por fin, Séneca logró ser cónsul en el año 56, cuando ya realmente no lo precisaba, puesto que desde que Nerón había accedido al poder, en el año 54, Séneca, como preceptor del nuevo emperador, gozaba de un poder extraordinario, al lado también del prefecto del pretorio, Afranio Burro.

Esta Roma del siglo primero, además de los peligros y la brutalidad a que me he referido más arriba, absorbía necesariamente a los advenedizos que de un modo u otro se iban abriendo paso. Es el siglo del ascenso irresistible de los libertos, aquellos esclavos manumitidos que a base de astucia, inteligencia, oportunismo y suerte, alcanzaban no rara vez las cimas del poder; es la época de los Narcisos, Palantes, Polibios, etc., los favoritos de los emperadores, secretarios de éstos y factotums, en cuyas manos se hallaba realmente el destino de Roma. Hasta que sufrían una aparatosa caída y pagaban con la vida su poder y su insolencia. Y precisamente a uno de ellos, a Polibio, dirigirá nuestro filósofo un triste tratado, que en latín se conoce con el nombre de *consolatio* o consolación, cuando habiendo muerto el hermano del poderoso liberto de Claudio, Séneca, a la sazón relegado a los montes escarpados y a los hatos de cabras de Córcega, dirige a él su liberto para rogar poco elegantemente por que abogue por él cerca de Claudio y consiga su regreso de la isla.

Por lo demás, Séneca era consciente de su situación: de origen ecuestre y provincial, se siente por debajo de los patricios romanos, de las familias nobles, cuya estirpe se remonta a los tiempos de la fundación de Roma y más allá. Roma acepta a todos, los engulle en su seno, pero inevitable y comprensiblemente, a veces demuestra rechazo, desdén o menosprecio: a los parias ya hemos visto cómo Juvenal los describe, cómo los ven los romanos de a pie; a los que como Séneca eran caballeros y ricos el camino era más expedito, pero también había dificultades. Oigamos al propio Séneca manifestando las circunstancias de su situación ante un Nerón hipócrita y cruel, que le utilizó para dar prestigio a su régimen y lo mandó morir cuando tuvo la mínima sospecha de que no estaba de acuerdo con sus criminales procedimientos (Tácito, *Anales* XIV 53): «Hace catorce años, Cesar, que fui promovido a custodiar tus esperanzas, y ocho que detentas el poder. En el transcurso de este tiempo has amontonado sobre mí tantos cargos y riquezas que a mi felicidad no falta nada excepto el ser moderada. (...) Yo, ¿qué otra cosa he podido brindar a tu munificencia más que los estudios, por así decirlo, hechos a la sombra y cuyo

brillo si alguno les ha llegado es que parecen haber coadyuvado a la educación de tu adolescencia, recompensa importante de esta actividad? Pero tú me diste una influencia inmensa, una fortuna innumerable, al extremo que con frecuencia doy vueltas en mi interior a estos pensamientos: «Yo, que tengo origen ecuestre y provincial, ¿me cuento entre los próceres de la ciudad? ¿Entre los nobles y los que ostentan antiguos blasones ha brillado mi condición de recién llegado?» Como podemos comprobar, en estas frases se encierra mucho de la suerte social y política de Séneca en la Roma que le tocó vivir. El filósofo reconoce que él es un advenedizo (pero también lo fueron Cicerón, Salustio y otros, que procedían de los municipios itálicos), reconoce su enorme enriquecimiento, el que tanto le criticaron en vida y después de su muerte. No obstante, esas riquezas provenían en primer término de su herencia paterna. En cualquier caso, tenemos claros e inequívocos testimonios de su generosidad. Véase Juvenal otra vez (V 108-110): «Nadie exige lo que enviaban a sus amigos menesterosos / Séneca o el bueno de Pisón ... »; también Marcial se expresa en los mismos términos. Séneca, pues, fue acogido por Roma, como Medea acogería a Jasón en la tragedia al héroe tesalio, «el más hermoso de los hombres», a superar la triple prueba que le propuso al padre: vencer a los toros de pezuñas de bronce, acabar con los espartos, los terribles guerreros nacidos imprevisiblemente de la tierra, y domeñar al feroz dragón de cien ojos que vigilaba el vellocino de oro.

Aunque no fue esa sola la contribución que nuestro paisano hizo a Roma, pagándole con creces las prebendas que aquélla le brindó. Pues, aparte de esos dramas que, hundiendo sus raíces en los mitos griegos una vez más, sacaron a escena indirectamente la tragedia de la vida en palacio, donde la violencia y la sangre fluían al unísono, Lucio Anneo Séneca fue el tercer romano que trató directamente una cuestión que, cara a los griegos, para los romanos había estado tradicionalmente alejada de sus preocupaciones habituales: la filosofía. Porque a aquella avalancha cultural a que nos hemos referido más arriba que manó de Grecia y caló en las capas más preparadas de la sociedad romana no sólo respondieron los romanos con actitudes «filosóficas» acordes con su carácter activo y práctico, en concreto siguiendo las corrientes estoicas y epicúreas, sino que ya en el siglo I a. C., por un lado, Lucrecio, el poeta filósofo, había dejado escrito para la posteridad un poema *Sobre el ser de las cosas* en el que ponía por primera vez en lengua latina los «oscuros inventos» de los griegos, en su caso, Epicuro, plasmando en latín la física epicúrea, en especial, y acuñado en esta lengua, indócil y esquiva a la filosofía, los sutiles conceptos de la sabiduría de la Hélade, y por otro lado, hizo una seria aportación a la adaptación de la filosofía al latín Cicerón, el orador y político de Arpino, quien en sus ratos de ocio tuvo la feliz idea de recrear en lengua latina con la conciencia lingüística que le caracterizaba buena parte de la filosofía griega, platónica, peripatética, estoica y epicúrea. En las doce

obras filosóficas que nos dejó escritas, Cicerón, como quien no quiere la cosa y sin ser filósofo de profesión, por así decirlo, dejó bastante bien adaptada al latín la terminología filosófica que había sido forjada en otra lengua y en otros tiempos, y esa contribución suya fue precisamente la que posibilitó la adaptación definitiva de la filosofía griega al latín, lengua en la que a partir de entonces, bien que con altibajos y recaídas, se iba a expresar el pensamiento occidental durante más de un milenio.

Pues bien, a Séneca, le corresponde la gloria de ser el primer y gran filósofo latino de todos los tiempos, él que era orador por razones profesionales y familiares, aunque amante de la ciencia y la filosofía por placer. Y a su espíritu torturado, cual un cura pueblerino de Bernanos, cuadraba a las mil maravillas la filosofía de los estoicos, filosofía que él habría de enseñar durante toda su vida, y que sin duda fue de gran utilidad a tantos amigos y familiares (su sobrino Lucano participaba plenamente de las ideas del tío, y Persio, el satírico estoico muerto a los veintiocho años de edad, aunque no disponemos de testimonios directos, debió verse influido igualmente por él: la pertenencia a los mismos círculos culturales y sociales que Lucano avalan esta hipótesis). Diez son los diálogos filosóficos que se nos han transmitido con el nombre de Séneca, el *philosophus moralis* (pues siempre para los romanos, la filosofía como la historia ha de ser práctica o moral). Y entre esos escritos resplandecen con luz propia las *Epístolas Morales a Lucilio* (124 cartas repartidas en veinte libros, escritas muy probablemente en un año o dos a lo sumo: 63-64 d. C.), una especie de diario de individuo hipocondríaco que se analiza a sí mismo despiadadamente, y que parte de la premisa de que el hombre no posee nada en esta vida excepto el tiempo. Y con esa idea en la mente se dedicó a escrutar a sí mismo y a los demás, obsesionado con el tiempo, la decrepitud y la muerte, y ello con un aire tan moderno que no parece sino que dicha obra fue escrita ayer mismo, razón por la que también resulta diferente a cuantos escritos nos han dejado los filósofos antiguos. Como un director de almas, Séneca recomienda el autocontrol (ya antes de sus *Epístolas* había escrito un tratado intitulado significativamente *De ira*), insiste en la conocida idea de que la clave está en nosotros, no en el cambio de lugar, y afirma en la epístola XXVIII 4: *Non sum uni angulo natus, patria mea totus hic mundus est* («no he nacido sólo para un rincón, mi patria es todo este mundo»), es decir, ratifica el cosmopolitismo integral del individuo, cosmopolitismo que en ninguna parte del mundo hallaba mejor expresión práctica que en la Roma imperial e ilimitada que le tocó en suerte vivir, e insistía machaconamente en que «morimos cada día». De la misma suerte va a combatir la saña con que eran tratados los esclavos, como si nuestro filósofo fuera consciente ya de que un prejuicio no es sino una idea o concepto esclerotizado, que nos esclaviza, que no atiende al tiempo ni a las circunstancias y que actúa como un lecho de Procusto, forzando a adaptarse al individuo a ese lecho previo, en vez de buscar adaptar el

lecho a la medida de cada individuo. Y por si alguien tuviera alguna duda acerca de su actitud y de sus anhelos, podemos leer cómo describe Tácito, historiador para quien el filósofo de Córdoba no era santo de su devoción precisamente, las últimas horas de la vida del mismo, cuando por orden del emperador Nerón hubo de abrirse las venas en el baño (*Anales XV 62*): «Séneca impertérrito pide papel para el testamento, y como quiera que el centurión se lo negó, se vuelve a sus amigos y les declara que puesto que le impedían mostrar su agradecimiento a los méritos de ellos les dejaba lo único que le quedaba y los más hermoso por cierto la *imagen de su vida*... Al mismo tiempo convierte las lágrimas de sus amigos en entereza y les pregunta insistentemente que dónde estaban los preceptos de la sabiduría, dónde la actitud meditada a lo largo de tantos años contra lo inevitable». Y luego, como tardaba en morir, aceleró su muerte bebiendo, como Sócrates, la helada cicuta, hasta expirar en la bañera. Acto seguido, su cuerpo fue incinerado sin ninguna ceremonia, como él había querido.

* * *

Bartolomé Segura Ramos
Facultad de Filología
San Fernando, 4
41004 Sevilla